

TODAVÍA TARDÉ TRES AÑOS

El jardín es la presencia de mi madre. Al fondo los lirios florecidos, blancos y esbeltos, las cintas y un naranjo enano. He plantado las mismas macetas de mi infancia y sus nombres suenan a recuerdos: clivia, carissa, caña de indias, ciclamen de Persia, caracola real y una bandera blanca. Recito sus nombres con cadencia de homenaje....helechos, jazmines, guindilla...Y en cada sílaba...geranio, cactus, yerbabuena...asoma un eco. Es la voz de ella en forma de pregunta eterna: No te das cuenta de que te estás muriendo?

En mi jardín, hoy mezclan sus colores las mismas macetas de antaño. Es mi cobijo para un tiempo sin tiempo, la sala de estar de las buenas decisiones. Es el sí a la vida que tanto me costó. La mejor decisión fue vivir en libertad cuando ya estaba demasiado acostumbrada a no reconocermé. Se me atropellaban por segundos la sumisión y la resignación. No lograba sumar minutos completos de vida. Las cadenas más cercanas a la muerte son las que te impiden vivir.

Más de la mitad de una vida duró el miedo; el pánico de respirar junto a quien no te deja crecer. Enfrenté terrores con mayúsculas: el miedo al propio miedo, al dolor de caminar, a la culpa desde adentro, al rechazo para siempre, a la esperanza perdida.

Hasta que un día le arranqué un grito a tanto ahogo. No más silencio.

- "Mamá me estoy muriendo".
- "Bueno hija, plantaremos juntas un jazmín y crecerá".

Aun así, de su mano, **"todavía tardé tres años"**.

No hay más salida que romper los cristales, aunque no los veas. Y después, reconstruir cada mañana. Replegar los trozos sueltos. Regar tu confianza durante muchos días al sol. Y es que 20 años sin luz ni amanecer, bien merecen un jardín lleno de flores.

Ahora me siento allí a ver pasar las tardes y sentir crecer las estaciones. Si te acercas, notarás este olor a vainilla y arándanos. A libertad. A ganas de respirar.

